

Príncipe Azul

por Santiago Marsal Agelet

Erase una vez un príncipe azul. A caballo de plata, galopaba veloz por el sendero estrecho que lleva al castillo del bosque. En el y sobre las copas de los pinos, se veían las torres de cartón-piedra alzarse majestuosas. Con sus escotillas, sus gallardetes y sus ventanas góticas vestidos de enredaderas. A sus pies, el foso de agua oscura; donde, en las noches claras, las ranas acompañaban el canto de los trovadores.

Pues bien, como os decía, el Príncipe galopaba sobre su caballo de plata en medio del bosque, cuando de pronto oyó a su derecha ruido de lucha y cruzar de espadas.

Miró hacia el lugar y pudo ver como dos fascinerosos acosaban a un joven labriego que se defendía ferrozmente.

El Príncipe hizo caracolear su caballo, y enderezándolo sobre sus patas traseras, se lanzó espada en alto sobre los villanos.

Brillaron bajo el sol los aceros. Luego un grito de dolor; un hombre caído, y alguien que huía entre la espesura.

— Muchas gracias, Príncipe, — dijo el labriego.

Ambos se apretaron las manos, en señal de amistad. Mientras montaba en su cabalgadura, el Príncipe preguntó:

— ¿Vais de camino?

— Sí, señor.

— Pues, si no es lejano el lugar, os llevo.

— Sí, es lejano, muy lejano, donde ni siquiera las águilas puedan alcanzarme. Me voy de esta tierra.

— ¿Pero por qué? ¿Acaso no es fértil el suelo, no está el trigo alto y la vid cargada de racimos?

— ¿No me voy a causa de la tierra, ni por estos bosques que calientan nuestros hogares en invierno...

— ¿Entonces...? inquirió el Príncipe.

— Mirad allí, junto a la ermita en ruínas, ¿veis una casa grande?

— Sí.

— Pues bien, en aquella ventana de macetas rojas duerme Blanca. Muchas noches cuando los ratones corren por los pajares y el grillo delata el paso de mi caminar nocturno, bajo aquella ventana podían oírse murmullos, palabras bajas, a veces alguna que otra balada y algún beso. Pero ayer noche cesó el murmullo, como cesa el ruido del río en verano. ¡Ya no me quiere!

— Os daría alguna razón, — interrumpió el Príncipe.

— Me dijo, que su padre la quiere casar con noble de sangre azul; y lo peor, es que ella también lo desea.

Durante algún tiempo quedaron ambos silenciosos, mientras el viento, hablaba en las copas de los abetos con los pájaros y el agua del arroyo.

Por fin el Príncipe dijo:

— Tengo un plan, montad en mi caballo.

Galoparon hasta llegar junto a la casa grande. En una encina ataron la cabalgadura y esperaron que llegara la noche. La casa estaba en silencio, y ni siquiera un perro ladró.

El Príncipe se encaramó por una parra hasta la ventana de macetas rojas, dió un fuerte empujón a la misma y se introdujo de un salto en el interior de la habitación.

Blanca se sobresaltó asustada, pero no tuvo tiempo de gritar porque la mano del Príncipe selló su boca.

— ¡Silencio!, no vengo a haceros ningún daño, dijo el Príncipe.

— ¡Salid enseguida o pido auxilio!

— Me iré, pero antes teneis que escucharme.

Blanca encendió la luz y descubrió el rostro del intruso, advirtió su indumentaria: en el pecho su escudo de armas, la espada al cinto, empuñadura de plata. ¡Sin duda era noble! ¡Por fin un príncipe venía hacia ella!

— Pues bien señora, estoy aquí porque esta tarde tropecé con un joven a quien unos bandidos asaltaron cuando iba de camino, marchaba de su patria porque su amada no le quería. Creo que vos le conoceis. ¿No es cierto?

— ¡Juan!, exclamó Blanca angustiada:

— ¿Le hicieron mucho daño?

— Tiene la cara y el cuerpo lleno de heridas.

Blanca echándose a llorar, añadió:

— Por favor, señor Príncipe, llevadme hasta él.

— ¿Pero no dijisteis que no le amabais?

— Os lo suplico, llevadme hasta él.

— Bien, sea; contestó el Príncipe asomándose a la ventana y lanzando un silbido.

Al poco, el joven labriego apareció en el marco de la ventana, ambos amantes se abrazaron fuertemente.

— ¡No nos separaremos nunca!, dijo Blanca.

— ¡Nunca!, respondió el joven.

Durante rato permanecieron mirándose sin decirse nada, hasta que Juan exclamó:

— ¿Y el Príncipe?

Miraron hacia la ventana cuya cortina se mecía al viento, mientras escuchaban un galope cada vez más lejano. Se asomaron y tan solo pudieron ver las nubes que corrían bajas por las laderas de las montañas.

Sobre las macetas de la ventana, brotaron flores de papel de todos los colores.

El tiempo, camino encorvado y viejo, guardó pasos y huellas de esta pequeña historia de amor.

Volvió el idilio bajo la ventana de macetas rojas, en los caminos y en las calles del pueblo cercano.

Un día, el joven labriego dijo a Blanca:

— He comprado para nosotros aquella casita junto al río, allí formaremos nuestro hogar y crecerán fuertes nuestros hijos y nuestros nietos y nuestros biznietos. Y también vendrán las aves a nuestros graneros.

Al día siguiente, Juan fué a su casa, las flores de papel se habían secado.

Llamó a la puerta y en ella apareció una criada anciana que le entregó una carta: ¡Blanca se había marchado!... ¡Y para siempre!

El joven labriego, triste la mirada, echó a andar hacia la pequeña casa junto al río. Se quedó contemplando la tierra, e, inclinándose luego para besarla, empezó a cavar hondo en sus entrañas.

Mientras tanto, Blanca huía por el sendero del Castillo de cartón-piedra en busca del Príncipe.

Le encontró al fin. Se entabló el diálogo. Blanca pedía y ofrecía. Pero el guerrero de caballo de plata dijo:

— No soy tuyo, soy un símbolo. Mi tierra se extiende sobre las nubes. Me marché allí, para que, cuando las zagalas reposen, tras el cansancio, sobre la hierba fresca y miren al cielo, puedan verme cabalgar entre los blancos celajes, y luego dormidas puedan soñar que hacia ella viene su príncipe azul, el del caballo de plata. Lejano. Siempre lejano....